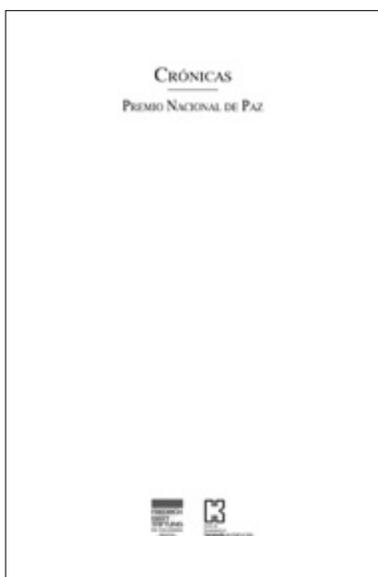


Marta Ruiz (Editora)

Crónicas. Premio Nacional de Paz,
Centro de Competencia en comunicación
para América Latina. Fescol, Colombia.

Bogotá, 2010

María Eugenia Martínez, junio 22 de 2016



El texto recoge catorce narraciones de organizaciones y personas que han ganado el Premio Nacional de Paz entre los años 1999 y 2009; catorce casos seleccionados entre centenares de experiencias que se envían cada año, cuyo jurado reconoce lo difícil que es escoger al mejor. Este libro amerita una mención especial, toda vez que en Colombia es más factible encontrar textos sobre el conflicto armado que sobre la paz. Para leerlo hay que seguir las huellas del Premio Nacional de Paz, pues no se consigue en las librerías comerciales. Muy poco conocemos acerca de la amplia gama de la población que día a día construye silenciosamente

su paz, realizan acciones que lamentablemente no trascienden a la escena nacional, ni son objeto de información en los medios de comunicación; por ende, no alcanzan a incidir en la formación de la opinión pública.

La construcción de la paz la realiza la ciudadanía, en su mayoría organizaciones de mujeres, grupos indígenas y afro descendientes ubicados en zonas rurales lejanas del centro de las ciudades y de los núcleos de poder, donde la pobreza y las condiciones precarias de vida contrastan con la riqueza natural regional. Allí intercambian experiencias con entidades de la Iglesia Católica, organizaciones de cooperación internacional y las redes de paz. Si reuniéramos sus concepciones y prácticas podríamos tener una idea de lo que podría ser la paz integral. El eje central de su quehacer es la planeación de proyectos productivos de desarrollo local que buscan la seguridad alimentaria; la promoción y defensa de los derechos humanos tanto de hombres, como de mujeres, la infancia y las minorías étnicas; y la convivencia dentro de la diversidad. “Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos participativos de seguridad y han elevado ideales como la democracia y el bienestar colectivo”. Tienen el propósito de establecer cien municipios por la paz. Entre los constructores de paz y sus gestiones se destacan:

La Casa Soberana y la creación de la Asamblea Constituyente de Mogotes en una clara manifestación de desobediencia civil ante la corrupción de la administración pública y el ejercicio libre de la soberanía popular.

La formulación del Proyecto Nasa del pueblo indígena paez que quiere ir rumbo a la autosuficiencia y ser capaz de oponerse a la guerra a través de métodos pacíficos; para eso han organizado la

Guardia indígena que solo utiliza un bastón de madera adornado con anillos y tejidos del arco iris y enarbolan la neutralidad frente a los grupos armados. En esta empresa también los acompaña la Guardia Indígena del Cauca que cuida de los sitios sagrados, como páramos y lagunas.

El Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio que comprende treinta municipios, y la Asociación de Municipios del Alto Ariari, son dos iniciativas para impulsar la reconciliación y diferentes alternativas de vida productiva, educativa, cultural, así como consolidar la convivencia pacífica. También, en Chocaguán, con dignidad e independencia siembran semillas de cacao mientras la coca se marchita. Igualmente, en La Unión Peneya en Caquetá, donde una comunidad no se dejó vencer y renació venciendo el miedo ante todos los actores armados; hablando con el ejército y la guerrilla expresaron su deseo de volver sin represión y vivir en paz.

El Colectivo de comunicaciones de Montes de María impulsa el diálogo, la cohesión social y la identidad de la gente de la región y el mantenimiento de la autonomía y la esperanza por medio de un plan de resistencia social, donde se aprendió a decir en voz alta lo que se pensaba en soledad.

La Diócesis de Quibdó acompaña a las comunidades indígenas y afro-colombianas en proyectos de defensa de los derechos humanos, fortalecimiento cultural, procesos de organización e intervención humanitaria.

Las Madres de la Candelaria de Medellín son las guardianas de la memoria, quieren evitar el olvido de los que se saben vivos y exigir su libertad, les duele la maldad pero más la indiferencia. Rompiendo el silencio incidieron en la formulación de la Ley de Desaparición Forzada.

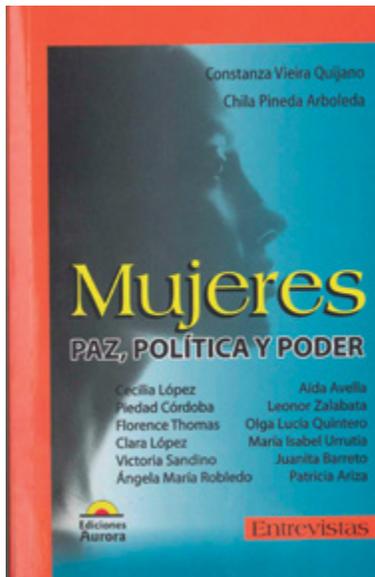
También hay experiencias individuales:

Gustavo Moncayo, el Caminante de la Paz, logró convertirse en el símbolo del acuerdo humanitario para liberar a más de 350 jóvenes que se encontraban en la selva, rodeados de alambres de púas.

En San Vicente del Caguán una maestra enseña a leer y a trabajar en el arte para desarmar la violencia; poco a poco va transformando la vida cotidiana y traer hadas de inspiración para cambiar vidas y sembrar valores.

William Pérez, el soldado que se convirtió en el símbolo de la solidaridad humana, apoyando y asistiendo a sus compañeros de secuestro; y Herbin Hoyos, con su programa radial Las Voces del Secuestro, son testimonios de dignidad que contribuyen a restablecer la confianza en el ser humano. Quienes están en cautiverio se conectan con la esperanza de la libertad, sus familiares se desahogan y construyen una comunidad donde la tristeza se comparte; es el locutor amigo, consejero, psicólogo y hasta experto en duelo.

Constanza Vieira y Chila Pineda (Comp.)
Mujeres, paz, política y poder. Entrevistas.
Editorial Aurora
Colombia, 2016
María Eugenia Martínez, junio 22 de 2016



Doce mujeres destacadas por su compromiso social y con amplio reconocimiento tanto nacional como internacional, son entrevistadas sobre sus biografías y experiencias en el campo de la política, la economía y especialmente sobre sus aportes y sueños en torno a la paz. Ellas son: Cecilia López (política), Piedad Córdoba (política), Florence Thomas (académica feminista), Clara López (política), Victoria Sandino (dirigente campesina), Ángela María Robledo (política), Aída Avella (dirigente sindical), Leonor Zalabata (dirigente indígena), Olga Lucía Quintero (guerrillera), María Isabel Urrutia (deportista), Juanita Barreto (académica feminista) y Patricia Ariza (artista).

El texto es la manifestación de la historia pacífica de la revolución cultural que hemos emprendido las mujeres en la época contemporánea a través de la construcción de relaciones solidarias, la convivencia en la diversidad, la práctica del diálogo para deliberar sobre los conflictos y las diferencias y el impulso a organizaciones participativas en torno a los derechos de las mujeres, los campesinos, los indígenas, las negritudes y las comunidades LGTBI. Y especialmente, los derechos colectivos como la paz, el desarrollo y un ambiente sano.

Sobresale la crítica a la doctrina militar, violenta, autoritaria, discriminadora e invasora frente a la propuesta de una transformación cultural centrada en valores universales, tales como la ética; la defensa y el cuidado de la vida; el respeto a la naturaleza, el territorio y sus recursos como fuente de sostenibilidad de la calidad de la vida para el conjunto de la humanidad; la concepción del amor desde la libertad y la autonomía; la construcción de las identidades personales y regionales. En el plano de la política proponen el fortalecimiento del Estado Social de Derecho y la consolidación de las políticas sociales.

Narran valiosas experiencias con visión de futuro basadas en: la participación y organización local; la elaboración de planes de desarrollo colectivos y polifónicos; la formulación y negociación de políticas públicas con perspectiva de género; la expresión y elaboración de la memoria histórica por medio de la educación y la expresión artística. Como respuestas al impacto de la guerra, ellas han realizado acuerdos humanitarios para la liberación de presos; creado refugios humanitarios para frenar el desplazamiento a las ciudades y recuperar los territorios; organizado acciones para la superación del trauma social causado por la guerra.

Entre los principales logros recientes, que muestran un camino hacia la paz positiva mencionan, en primera instancia, la sanción de un conjunto de leyes relacionadas con la vida libre de violencias; la justicia y reconocimiento de la violencia sexual como delito de lesa humanidad; las cuotas en la administración pública y partidos políticos; las reservas campesinas; el reconocimiento a las negritudes; la dignificación de los deportistas, entre otras.

Todas las entrevistadas han recorrido el país y coinciden en reconocer que las mujeres son quienes sostienen los numerosos procesos de paz local y regional y contribuyen en la vida cotidiana a reconstruir el tejido social.

Leerlo es un regalo para alimentar el alma y reafirmar la idea de que la paz sí es posible.

Svetlana Alexievich

La guerra no tiene rostro de mujer.

Random House Grupo Editorial

Barcelona, 2015

Traducción de Yulia Dobrovolskaia y

Zahara García González

Dora Isabel Díaz Susa, octubre 2016



La guerra no tiene rostro de mujer, publicado en 1983, es el primer libro de la extensa obra de la periodista y escritora Svetlana Alexándrovna Alexiéovich (1948), galardonada con el Premio Nobel de Literatura en 2015; en palabras de la Academia sueca su obra constituye “un monumento al valor y al sufrimiento de nuestro tiempo”. El libro fue reescrito en 2002 para introducir fragmentos tachados por la censura en el momento de la primera publicación, además de material que ella no se había atrevido a usar en ese momento.

Svetlana Alexiéovich cuenta que decide relatar en su libro una historia sobre el ser humano en la guerra, una historia de los sentimientos, a partir de las voces y testimonios nunca escuchados

ni conocidos de cientos de mujeres rusas sobrevivientes que 40 años antes participaron en las filas del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial, cuyos destacamentos llegaron a involucrar casi un millón de mujeres, como una opción para alejarse del canon masculino de la narración histórica de la guerra realizada por los hombres, héroes, vivencia en la cual ella además ha estado inmersa a lo largo de toda su vida.

Es así como recorriendo casi toda Rusia en busca de estas mujeres, logra con gran sensibilidad y labor paciente en la escucha de miles de horas de entrevistas que surja, como dice la autora, “el relato de la entraña, de la guerra femenina, no el relato de la estrategia, de la guerra masculina”, que generalmente fue el primer relato que encontró.

La mayoría de estas mujeres, por primera vez en sus vidas, hablaron de sus vivencias en esta contienda y las volvieron a revivir, a sufrir, a llorar y algunas a enfermarse. Cuentan la parte

no heroica, hablan de la suciedad y del frío, del hambre y de la violencia sexual, de la angustia y de la sombra omnipresente de la muerte; como también de la cotidianidad: enamoramientos, dolores, pérdidas, ingenio y valor de los arreglos estéticos “femeninos” en medio de la precariedad. En sus relatos traen al presente los recuerdos de cientos de ellas que narran la historia de hombres y mujeres en esta contienda ¿Qué les ocurrió? ¿Cómo las transformó? ¿De qué tenían miedo? Ponen de presente la idea de que la guerra es ante todo asesinato, además de un trabajo muy duro, a pesar de que ellas al inicio partieron con la ilusión de defender su patria, Rusia, su amada tierra.

Aunque son relatos fuertes, dolorosos, su lectura aporta elementos para la desmitificación de la guerra heroica y la comprensión de los impactos a largo plazo de la guerra sobre la vida de las mujeres, los hombres, las familias, la sociedad. Contribuye a desencantar al mundo de la guerra.